Télos, 26(1-2) (2025). ISSN-e: 2255-596X
https://doi.org/10.15304/telos.26.1-2.11104

Traducciones e inéditos

JOHN STUART MILL –SUS MEMORIAS (1874). Segunda parte. REVISTA EUROPEA, N.º 6, 5 DE ABRIL DE 1874

Henry Reeve[1]
Transcripción, edición y presentación José L. Tasset[*, a]
[*]Universidade da Coruña, España

[a]jose.tasset@udc.es

Recibido: 20/09/2023; Aceptado: 01/10/2023

Resumen

Segunda parte de la transcripción actualizada de la traducción española del famoso artículo *contra Mill* de Henry Reeve "The Autobiography of John Stuart Mill", *Edinburgh Review*, 134 (1874), pags. 91-129; *Revista Europea*, nº 6 (5 de abril de 1874), pags. 167-172. El artículo prosigue con el análisis de la vida de Mill, al hilo de la publicación de la *Autobiografía* de John Stuart Mill en inglés, centrándose en este caso en la etapa de evolución del pensamiento de Mill hacia el radicalismo filosófico en el entorno de los jóvenes pensadores cercanos a Jeremy Bentham. Se dedica una particular atención a la colaboración y posterior ruptura de Mill con la *Edinburgh Review*, rival ideológica de la *Westminster Review*, fundada como alternativa por Jeremy Bentham y James Mill. John Stuart Mill y los benthamitas más radicales colaboraron con asiduidad en la *Westminster Review* su primera etapa. Reeve también pasa revista de manera poco generosa a la crisis personal de Mill en su juventud leyéndola en una clave fundamentalmente religiosa como procedente de una falta de los adecuados apoyos emocionales en la juventud procedentes de la educación recibida, racionalista y atea.
Palabras clave: John Stuart Mill; James Mill; Jeremy Bentham; recepción del utilitarismo.

Abstract

Updated digital transcription of the second part of the Spanish translation of the paper by Henry Reeve, "The Autobiography of John Stuart Mill", *Edinburgh Review*, 134 (1874), pp. 91-129, *Revista Europea*, no. 6 (5 April 1874), pp. 167-172. The article continues its analysis of Mill's life, following the publication of the *Autobiography* of John Stuart Mill in English, focusing in this instance on the development of Mill's thought towards philosophical radicalism within the circle of young thinkers associated with Jeremy Bentham. Particular attention is given to Mill's collaboration with, and subsequent break from, the *Edinburgh Review*, an ideological rival to the *Westminster Review*, which was founded as an alternative by Jeremy Bentham and James Mill. John Stuart Mill and the most radical Benthamites frequently contributed to the *Westminster Review* in its early period. Reeve also critically examines Mill's personal crisis in his youth, interpreting it primarily in religious terms as resulting from a lack of adequate emotional support during his upbringing, due to the rationalist and atheistic education he received.
Keywords: John Stuart Mill; James Mill; Jeremy Bentham; reception of utilitarianism.

Copyright © Universidad de Santiago de Compostela. Artículo en acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0))

PRESENTACIÓN[2]

Este trabajo presenta una transcripción actualizada de la segunda parte de la traducción al español del famoso artículo *contra Mill* de Henry Reeve, "The Autobiography of John Stuart Mill", *Edinburgh Review*, 134 (1874), págs. 91-129; *Revista Europea*, n.º 6 (5 de abril de 1874), págs. 167-172.[3]

En la edición española publicada en 1874 en la *Revista Europea* no se mencionaba el nombre del autor ni el del traductor al español. La identificación de la autoría del artículo original de Reeve proviene del libro de Richard Reeves de 2007, *John Stuart Mill: Victorian firebrand* (London: Atlantic).

Este trabajo, publicado en tres partes en la *Revista Europea*, constituye una de las pocas referencias a John Stuart Mill y a las ideas utilitaristas publicadas en nuestra lengua en la misma época de génesis y desarrollo del utilitarismo clásico. El texto se edita tal y como fue publicado en español en 1874 con algunas correcciones menores de la acentuación, de la puntuación, o de ciertos arcaísmos gramaticales o expresivos, para ajustar el texto lo más posible al español actual.

Se han añadido notas específicas relativas principalmente a los diversos personajes que aparecen mencionados en el texto. Estas notas y cualquier otra clase de añadido o modificación sustancial del texto original se indican entre corchetes [...].

En esta segunda parte, el artículo de Reeve continúa con su análisis de la vida de John Stuart Mill. Es importante considerar que este artículo se publicó casi inmediatamente después de la aparición en inglés de la *Autobiografía* de Mill, lo que significa que Mill acababa de morir en Francia. Esto hace que el tono de algunos comentarios de Reeve resulte bastante desagradable, no porque Mill estuviera muerto y no pudiera defenderse, sino porque eran poco acertados y radicalmente injustos. En esta segunda parte de su escrito, Reeve se centra en la etapa de la evolución del pensamiento de Mill en la que este se compromete con el *radicalismo filosófico* en el entorno de los jóvenes pensadores cercanos a Jeremy Bentham.

Henry Reeve se presenta como defensor de la causa de la *Edinburgh Review* (en tanto que órgano oficioso del ala más conservadora del partido *whig* y de la supuesta tradición constitucional inglesa), a la que se dirigieron la mayoría de las críticas de John Stuart Mill y sus amigos, al menos en su juventud y en su primera etapa como intelectual público. Esto le da a toda esta segunda parte de la necrológica de Reeve un cierto tono de ajuste de cuentas, primero con Mill y, aprovechando la ocasión, también contra el viejo Mill padre.

Las críticas de los utilitaristas al liberalismo más conservador se difundieron a través de la *Westminster Review*, una publicación trimestral británica. Fue fundada y financiada en gran parte por Jeremy Bentham en 1823 y se publicó de 1824 a 1914, aunque no siempre mantuvo un carácter auténticamente "radical". En su primera etapa colaboraron asiduamente John Stuart Mill y los benthamitas más jóvenes. James Mill fue también uno de los impulsores y colaborador principal de esta publicación liberal hasta 1828. Su primer número, de enero de 1824, incluía un agresivo y exhaustivo artículo del propio James Mill (continuado en el siguiente número por su hijo John Stuart Mill), que reprobaba de manera provocadora la orientación de la *Edinburgh Review*, una revista rival ya consolidada, rechazándola como representante auténtica de lo que debería ser el partido *Whig*[4], por compartir la tendencia de este último a alinearse con los intereses aristocráticos, y señalando, por tanto, la necesidad de una redefinición del liberalismo, por supuesto, en una línea mucho más cercana al "radicalismo" de Bentham y sus seguidores. La agria controversia entre ambas revistas, de la que el artículo de Reeve que transcribimos, publicado en lo que podríamos considerar la

Télos, 26(1-2) (2025). ISSN-e: 2255-596X
https://doi.org/10.15304/telos.26.1-2.11104

"competencia" de la revista de los radicales, la *Edinburgh Review*, es un buen ejemplo, generó un amplio debate público, incluso muchos años después, como es el caso.

Reeve muestra especial virulencia en esta segunda parte contra James Mill, principal crítico de la *Edinburgh Review* desde el ala radical, a quien incluso acusa casi de maltrato infantil por la educación sentimental de su hijo. También exhibe una agresividad excesiva respecto a la carrera de Mill como funcionario de la Compañía de las Indias Occidentales, empresa en la que ingresó recomendado precisamente por su padre, y que la Corona desmanteló para convertirla en un departamento público. Mill se opuso a esta medida invocando principalmente la calidad de los funcionarios salientes y la falta de relevancia y conocimiento de los políticos que asumieron el control.

Reeve también analiza en esta segunda parte de su artículo, de manera poco generosa, la crisis personal de Mill en su juventud, interpretándola principalmente en clave religiosa y atribuyéndola a la falta de adecuados apoyos emocionales derivados de la educación racionalista y atea que recibió. De manera poco consistente, sostiene que la superación de la crisis mental de John Stuart Mill, lograda mediante la apertura de su carácter a los sentimientos y emociones –para lo cual recurrió a la poesía, especialmente a la de William Wordsworth—, fue en realidad una apertura al sentimiento religioso. Esto, por una parte, implica no comprender ni el papel de la poesía y el arte para Mill, ni su nuevo acercamiento a los sentimientos y a la dimensión emocional de los seres humanos, y, desde luego, tampoco demuestra una comprensión rigurosa y respetuosa de la posición de Mill sobre la religión.

Aunque se ha mantenido la versión de 1878 de las citas literales de la *Autobiografía* de John Stuart Mill, en todos los casos se proporciona la referencia a la ya clásica, pero más actual, edición en español de Carlos Mellizo (Mill, 1986).

JOHN STUART MILL

(Continuación.)[5]

Pero antes de llegar a este punto crítico de su vida y su destino, es menester fijarnos en el adelanto que John Stuart Mill había hecho en el mundo, y en la posición que había adquirido. Estos, para un hombre de sus gustos, entregado como lo estaba al examen especulativo, eran cuanto podía desear. En 1823, cuando sólo tenía diez y siete años, obtuvo un empleo subalterno en las oficinas de la Compañía de la India, a las órdenes de su mismo padre, en la inteligencia de que sería empleado en preparar apuntes para despachos. Más adelante llegó a ser oficial primero encargado de la correspondencia de la sección de los Estados indígenas, y por fin, jefe de la misma. Mayor suerte no le pudo caber a un filósofo político como él que el de lograr destino semejante. Le ofrecía una subsistencia honrosa sin el trajín de la vida oficial, y le dejaba en completa libertad para dedicar gran parte de su tiempo y talento a trabajos científicos y literarios. No nos cabe la menor duda de que John Stuart Mill desempeñó su destino en las oficinas de la Compañía de la India con habilidad y conciencia. Pero poco o nada se ha traslucido de ello. Sus escritos publicados no contienen apenas nada que revele conocimiento íntimo de los asuntos de la India. Cuando estuvo en el Parlamento, no habló nunca sobre cuestiones indias, si bien es muy probable que no habría otro diputado en la Cámara que hubiese pasado treinta y cinco años de su vida ocupado en ellas. Y cualesquiera que hayan podido ser sus opiniones y las de su padre relativas a la regeneración de los gobiernos de Europa, lo cierto es que ambos fueron durante la mayor parte de su vida instrumentos y consejeros de uno de los gobiernos más absolutos que jamás existió; un

gobierno además que estaba en contradicción constante con los principios fundamentales de política de Mill el mayor. Este había sentado como axioma fundamental, que el gobierno de los menos siempre tiene que estar basado en la injusticia hacia los más, puesto que, por las leyes de la naturaleza humana, todo poder tiende invariablemente a extender sus fuerzas hasta donde le sea posible, y a emplearlas en su provecho exclusivo.

Por esta razón condenaba la monarquía, la aristocracia y las clases. Al gobierno de la India alcanzaban todas sus censuras: tenía la autoridad de un soberano absoluto, el exclusivismo de una corporación secreta, y las distinciones de clases más marcadas, las de religión y color. Sin embargo, Mr. Mill sostenía (y no sin razón) que habían existido pocos gobiernos que más hubiesen mirado por el bienestar de sus gobernados. Era él mismo uno de sus ministros. Por lo tanto, en la vida real, su conducta era una refutación directa de su doctrina, según la cual, por causa de las leyes, de la naturaleza humana, todos los gobiernos tienden a hacer lo que pueden en su exclusivo provecho. ¿Con qué fundamento, pues, podía Mill negar, como de absoluta necesidad, a otros gobiernos de forma monárquica o aristocrática las ventajas que él reclamaba en favor del gobierno de la India? El hecho es, que ninguno de los dos Mill[s], ni el padre ni el hijo, fueron, en lo que se refiere al gobierno de la India, innovadores temerarios. Pertenecían a la antigua escuela de la administración india, que era en extremo conservadora, por no decir embarazosa; y una de las frases más acerbas contenidas en el tomo que tenemos delante, es [aquella en la] que John Stuart Mill manifiesta el sentimiento que le causó la transferencia del gobierno de la India, de la Compañía a la Corona.[6] El mismo reclama para su padre, como mérito muy secundario, "el de haber sido el promovedor de todas las medidas políticas que fueron de alguna utilidad para la India"[7] pretensión por cierto algo exagerada en favor de un dependiente contemporáneo y subalterno de una numerosa hueste de grandes legisladores de aquella colonia. Pero él mismo fue el principal director de la resistencia que hizo la Compañía de la India a su propia supresión, y ninguna consideración [logró][8] hacerle mudar de opinión "respecto de lo disparatado y perjudicial de aquel mal aconsejado cambio".[9] Tal y tan extraño es el influjo que ejercen en los juicios aun de los filósofos utilitarios las costumbres y los sentimientos. Si Mill no hubiese sido empleado de la Compañía de la India, es imposible dudar que la hubiera denunciado como uno de los monopolios y una de las corporaciones secretas más odiosas, que mantenía en sujeción y esclavitud a diez millones de seres humanos.

En el mismo año, 1823, Mr. Bentham resolvió fundar una revista trimestral, la cual ha subsistido ya por espacio de cincuenta años con el título muy conocido de *Revista de Westminster*, como órgano de las opiniones más avanzadas de la escuela utilitaria. Nos consta, y lo sentimos, que sólo pudo prolongarse la existencia de nuestr[a][10] colega, aun en su época más floreciente, merced a grandes sacrificios por parte de sus fundadores. Mr. Bentham, Sir William Molesworth, Sir John Bowring, y otros, contribuyeron a su sostenimiento con cuantiosas sumas; y muchos de los principales escritores que tomaban parte en la redacción de esta revista ambiciosa, se contentaban con trabajar [como] voluntarios por la gloria de sus propias opiniones. Es indudable que uno de los fines principales de esta empresa literaria consistía en "dedicar cierta parte de la obra a pasar revista a las demás revistas periódicas" —la frase es del mismo Mr. Mill, de otra suerte pediríamos perdón por usar de tan torpe expresión; y por lo mismo, lo natural era que inaugurase el ataque el padre de Mill con una tremenda acometida contra nosotros. Con este fin se valió del ingenioso recurso de obligar a su hijo a leerle todos los números que iban ya publicados de la *Revista de Edimburgo*, que por aquella época ascendían ya a unos cuarenta tomos. El resultado de esta lectura fue un artículo que tiene fama de ser uno de los escritos más notables de Mr. Mill.

Télos, 26(1-2) (2025). ISSN-e: 2255-596X
https://doi.org/10.15304/telos.26.1-2.11104

> "Empezaba por hacer un análisis de las tendencias de la literatura periódica en general, indicando que ésta no puede tener la esperanza, como los libros, de alcanzar un éxito ulterior, sino que debe lograrlo inmediatamente, o no lo logra nunca, y que por lo tanto es casi seguro que ha de profesar e inculcar las opiniones ya arraigadas en el público a quien se dirige, en lugar de aspirar a corregir y mejorar estas opiniones. Luego, para caracterizar la situación de la *Revista de Edimburgo* como órgano político, hacía un análisis completo de la Constitución británica, mirada desde el punto de vista radical. Ponía de manifiesto su carácter completamente aristocrático: el nombramiento de una mayoría de la Cámara de los Comunes por unos cuantos centenares de familias; la completa identificación de la parte más independiente, los miembros de los condados, con los grandes hacendados; las diferentes clases a las cuales esta pequeña oligarquía estaba precisada a dar una participación en el poder; y finalmente, lo que él llamaba sus dos [pilares], la iglesia y la curia. Indicaba la tendencia natural que tiene todo cuerpo aristocrático, compuesto de tal manera a dividirse en dos agrupaciones o partidos, uno de ellos en posesión del poder ejecutivo, el otro luchando por suplantar a aquel y llegar a ser predominante con el auxilio de la opinión pública, pero sin hacer sacrificio alguno de la preeminencia aristocrática. Describía el giro que probablemente tomaría, y el terreno político que ocuparía un partido aristocrático en la oposición, coqueteando con los principios populares [para] lograr el apoyo popular. Demostraba cómo se había realizado esta idea en la conducta del partido *whig*, y en la de la *Revista de Edimburgo,* que era su órgano principal en la prensa. Nunca habíase dirigido tan formidable ataque contra el partido y la política *whig*, ni habíase dado jamás en este país tan atrevido golpe en favor del radicalismo, ni había, a mi entender, otra persona alguna capaz de escribir aquel artículo más que mi padre."[11]

Como ha trascurrido medio siglo desde que sufrimos aquel ataque, se nos podrá dispensar el haberlo olvidado. Aunque en lo que toca a Mill padre, no creemos deberle nada en forma de castigo. Es probable que aceptase el artículo de Macaulay sobre su *Ensayo sobre el gobierno* como descargo suficiente de cualquiera reclamación de esa especie. Pero ya que el asunto ha sido resucitado por el socio menor de la empresa, quien parece haber ensangrentado su espada virgen en un ataque contra nosotros publicado en la *Revista de Westminster*, núm. 2, nos es forzoso dedicarle una advertencia pasajera. Lo cierto es que nada puede ser más halagüeño para nosotros que el examen que nuestros contrincantes hicieron de nuestros principios. Afirmaban que la *Revista de Edimburgo* es el órgano más autorizado en la prensa del partido *whig*, y que el partido *whig* realizaba completamente la idea de la Constitución británica, que es el gobierno por medio de instituciones en su mayor parte aristocráticas. Si esto es así, manténganse firmes o caigan juntos la *Revista de Edimburgo*, el partido *whig* y la Constitución británica. Si hemos de entender por la palabra "aristocrática" lo que realmente significa, a saber: *el gobierno de los mejores*, admitimos el cargo. Sí; nuestro deseo es ver el gobierno de la nación ejercido por aquellos que representan más fielmente la inteligencia, la riqueza, la gloria y la cultura más alta de la nación: nuestro deseo es verlo ejercido por hombres que miren por los intereses de la comunidad entera y no por los de una clase especial: creemos que la verdadera libertad y progreso del pueblo son debidos, más que a los locos proyectos y a la agitación de la democracia pura, al adelanto gradual y mesurado de los jefes (*leaders*) del partido *whig*; y si se quiere apreciar el progreso de los pueblos en los cuales ha sido eliminado y destruido el elemento aristocrático, basta comparar el estado actual de Francia y España con el de Inglaterra. La teoría *whig* de la aristocracia no es la de una nobleza exclusivista, o de una clase que se apoya únicamente en el privilegio del nacimiento, sino de una aristocracia al alcance de todas las inteligencias de la nación por los cuatro grandes senderos del servicio civil, del servicio militar, de la Iglesia y del foro, los cuales, por cierto, se extienden en sus ramificaciones menores por todas las clases educadas de la nación. La verdadera base de la aristocracia inglesa es el mérito; pues la inmensa mayoría de los títulos de nobleza ha sido otorgada a hombres de capacidad; pero el mérito que confiere distinciones e influencias hereditarias. Estamos de acuerdo con Mr. Mill, en que la Constitución británica se

ha apoyado durante los últimos dos siglos principalmente en instituciones de esta naturaleza; y el procedimiento de evolución gradual, mediante el cual nuestro sistema de gobierno se ha ido adaptando a las necesidades crecientes de la sociedad, es precisamente lo contrario del procedimiento de la revolución, que trastorna la estructura de la sociedad. El autor de este libro confiesa que el artículo de Macaulay le dio mucho en qué pensar, y no quedó en manera alguna satisfecho del modo en que su padre contestó a aquella crítica. Empezaba a creer que debía haber algo esencialmente erróneo en el concepto que tenía su padre del método filosófico aplicado a la política: bien que por un sistema muy extraño de razonamiento se convenció de que tanto Macaulay como su padre estaban equivocados, y que, a pesar de todo, la política era una ciencia de deducción (p[ágs]. 159-60). De deducción o no, ¿en dónde pudiera encontrar en toda la historia un ejemplo más glorioso de libertad y progreso que el que ofrece el estado de estas islas durante un período de cerca de dos siglos de orden no interrumpido? ¿Qué otra nación del mundo ha tenido la suerte de verse durante doscientos años libre del azote de la revolución y la guerra civil, progresando al mismo tiempo constante y resueltamente por la senda del mejoramiento moral y material? Tales son los resultados que le convino denunciar a Mr. Mill, porque están basados en principios de gobierno de los que él se burlaba, negando su eficacia. Por nuestra parte, no nos avergüenza el decir que nos adherimos a ellos cada vez con más firmeza.

Fue considerable la parte que tomó el joven Mill en la redacción de la *Revista de Westminster* por espacio de cinco años; aunque vemos ahora con sorpresa que el órgano periódico del benthamismo, desde su creación, no satisfizo en modo alguno las aspiraciones de aquellos cuyas opiniones estaban destinada a representar. Ya que Mr. Mill le atribuye una parte distinguida en la resistencia ofrecida a la reacción que siguió a la guerra, y se manifestó en la Santa Alianza[12] y los *Six Acts*[13], y en abogar en favor de la reducción de los gastos públicos, de la emancipación de los católicos, la libertad de comercio y la reforma del código, nos tomaremos la libertad de manifestar que en la defensa de todas estas cuestiones el órgano odioso del gobierno aristocrático se había anticipado a los filósofos benthamitas en algunos años. El bosquejo que hace de sus colaboradores John y Charles Austin,[14] Roebuck,[15] Bingham,[16] y otros, es a la vez que justo, gráfico. De sí mismo dice modestamente lo que sigue:

> "Comprendo que la descripción aplicada tan a menudo a los benthamitas, la de ser máquinas de raciocinar, aunque en pocos casos con exactitud a los que han sido designados con este título, no deja de indicar con bastante exactitud el estado de mi mente durante dos o tres años de mi vida. Acaso era tan aplicable a mí como a cualquiera que acaba de entrar en la vida, para el cual los objetos comunes del deseo por fuerza han de tener en general la atracción de la novedad. Esta circunstancia no ofrece nada de extraño: a ningún joven, en la edad que yo tenía entonces, se le puede exigir que sea más que una cosa, y esa cosa lo era yo precisamente. Ambición y el deseo de distinguirme eran dos cualidades que poseía en gran abundancia; y celo por lo que yo consideraba el bien del género humano era el sentimiento que más ardientemente me animaba. Pero mi celo, en aquel período de mi vida, apenas era otra cosa que celo por opiniones especulativas. No traía su origen de la verdadera benevolencia, o de la simpatía hacia el género humano; si bien estas cualidades ocupaban el lugar debido en mi norma moral. Tampoco tenía conexión alguna con ningún gran entusiasmo por la nobleza ideal. Sin embargo, mi imaginación era muy susceptible de este sentimiento; pero en aquella sazón le faltaba el sustento natural, la cultura poética, mientras por otra parte luchaba con un exceso de disciplina contraria a su índole, la de la lógica pura y el análisis."[17]

Al cabo de algún tiempo la dirección del Dr. Bowring llegó a hacerse inaguantable a los primitivos fundadores y redactores de la *Revista de Westminster*, pues miraban a Bowring como un benthamita [espurio]. Los fondos quedaron exhaustos, hasta que el coronel Perronet Thompson contribuyó con una suma a su rehabilitación, y en 1828 John Mill dejó de escribir en la revista. El último trabajo que publicó en ella fue un artículo sobre la "introducción a

Télos, 26(1-2) (2025). ISSN-e: 2255-596X
https://doi.org/10.15304/telos.26.1-2.11104

la vida de Napoleón, por Sir Walter Scott", en que atacó con gran dureza las preocupaciones y errores en que había incurrido el autor al tratar de la revolución francesa. Excusado es decir que el artículo de Mill era una vindicación inhábil de los revolucionarios franceses; pero revelaba un estudio y una perspicacia verdaderamente asombrosos en un joven de veinticinco años. Es el caso que Mill mandó un ejemplar a nuestra dirección para que se remitiese a uno de los pocos testigos de aquellas memorables escenas que aún vivían, el venerable Dumont, que a la sazón residía en Ginebra. Se cumplió el encargo, y Dumont leyó el artículo de Mill. Escuchamos con interés el juicio que de él hizo el traductor de Bentham y el amigo de Mirabeau. "Es de una potencia prodigiosa, dijo, para ser de un hombre tan joven; no obstante, hubiera deseado alguna más modestia y templanza."

Fue por entonces cuando hizo Dumont el epigrama sobre la historia de Scott, citado por la princesa de Lichtenstein en su interesante obra acerca de Holland House,[18] en donde a principios del siglo solían reunirse con frecuencia los hombres más notables en ciencias y letras bajo los auspicios del noble dueño de aquella histórica mansión:

"Mauvais romancier quand il écrit l'histoire,
Habile historien quand il fait des romans,
S'il invente, il faut le croire,
S'il raconte, méfiez-vous en."[19]

Vemos, pues, que John Mill, antes de ser mayor de edad, había conseguido una posición oficial que le aseguraba una subsistencia honrosa para toda la vida, y una posición literaria que le permitía el libre ejercicio de la pluma para inculcar sus opiniones en el mundo. Con semejante posición y tal porvenir bien pudiera darse por satisfecho cualquier hombre a quien no devorara la vanidad y la ambición. Pero precisamente por esta época la fábrica que por medio de sus estudios había logrado levantar con tanto trabajo y ahínco se derrumbó bajo él, y descubrió que los fines a los cuales le habían enseñado a aspirar, no eran los verdaderos fines de la vida. La página en que describe esta condición de su mente parece haber brotado del cerebro morboso de Rousseau.

> "Era el otoño de 1826. Languidecía en un estado de nervioso abatimiento, cosa que de vez en cuando suele suceder a todos; insensible a todo goce o distracción amena, me hallaba en una de aquellas disposiciones de ánimo en que lo que en otras ocasiones me proporcionaba gusto se convertía en insípido e insustancial, en el estado, se me figura, en que deben hallarse los que se convierten al metodismo cuando se sienten acometidos [por] la primera "convicción del pecado". En esta disposición de ánimo se me ocurrió dirigirme a mí mismo la siguiente pregunta: 'Figúrate que hubieses realizado todos los objetos de tu vida; que fuera posible plantear en este mismo instante todos los cambios que en instituciones y pareceres deseas ver realizados. ¿Sería esto para ti un motivo de gran dicha y placer?' Y una voz indomable que brotaba de lo más íntimo de mi conciencia contestó claramente: '¡No!' Sentí un vacío en el corazón: la base sobre la cual descansaba la fábrica de mi vida se hundió por completo. Toda mi felicidad debía consistir en el esfuerzo de conseguir este fin. Pero habiendo perdido este fin todo encanto para mí ¿cómo era posible que me inspiraran interés los medios de conseguirlo? Me parecía que la vida había perdido todo objeto para mí."[20]

"Durante algunos meses parecía que la nube se iba cargando más y más. Los versos aquellos de la *Melancolía*[21] de Coleridge (no los conocía entonces) expresan perfectamente lo que sentía:"

"Un pesar sin tormento, vacío, oscuro y tétrico;
un pesar soñoliento, ahogado, sin pasión,
que no halla natural salida, ni consuelo,

ni en palabras, ni en suspiros, ni en lágrimas."

> "En vano buscaba alivio en mis libros favoritos; aquellos códices de pasada nobleza y grandeza, de los cuales había sacado siempre fuerzas y ánimo, los leo ahora sin que me causen impresión, o sólo la impresión acostumbrada, menos el encanto; y llegué a convencerme de que mi amor hacia el hombre y hacia lo sublime, únicamente por lo que en sí vale, se había consumido."[22]

Sin duda una escrupulosa investigación de las causas de esta especie de crisis, bastante común en los jóvenes de ambos sexos, hubiera podido dar lugar a una explicación, más bien en el estilo de las *Confesiones* de Rousseau, que en el de la *Autobiografía* de Mill. Pero no es menos indudable que la segunda crisis hizo ver claramente a Mill lo incompleta que había sido su educación, pues siendo la felicidad su único objeto, no le había dado siquiera la condición necesaria para sentirla. La lima y el ácido del método analítico se habían vuelto, en su mente, contra [el mismo] análisis; y llegó trabajosamente a la convicción de que aquella disolución y aquel desmembramiento universal le dejarían, no sólo sin tener nada en que creer, sino también sin nada por qué vivir. "Con frecuencia me preguntaba si estaba obligado a seguir viviendo, cuando era tal el triste estado de mi vida. Por lo general me contestaba diciendo que no creía posible que lo aguantase por espacio de un año."[23]

La de Mill no era alma para estarse sumida en aquella incertidumbre. Como arriba hemos indicado, yacían aletargadas en el facultades y simpatías que nunca pudo soñar su padre, y que, [de] haberlas soñado, hubiera destruido. Había llegado al punto en que únicamente algún rayo de una filosofía más generosa y más ideal podía penetrar la tiniebla que le rodeaba y salvarle de la desesperación, tal vez de la muerte. Hay realmente algo de belleza poética en la manera en que se verificó esta transformación, y dio por resultado el convertirse John Stuart Mill en un hombre de carácter mucho más noble y de simpatías mucho más vivas de lo que en un principio se hubiera podido esperar. Su primer paso fue aspirar a algún fin que no fuera la felicidad misma. El hombre que continuamente se hace la pregunta: "¿estoy sano?" decae en hipocondríaco. El hombre que se pregunta todas las mañanas si es feliz, acaba por morirse de tristeza.

> "El único recurso es considerar como objeto de la vida, no la felicidad, sino algún fin extraño a ella. Apurad en eso vuestra reflexión interna, vuestro escrutinio, vuestro examen moral; y si en lo demás os favorece la fortuna, inhalareis felicidad con el aire que respiráis, sin fijaros ni pensar en ella, sin siquiera prevenir vuestra imaginación hacia ella, o espantarla con fatales preguntas. Esta teoría vino ahora a ser la base de mi filosofía de la vida."[24]

En efecto, era una teoría, y permaneció siendo teoría, pues Mill no supo nunca por experiencia que una sola acción tierna o generosa (el dar una copa de agua a un niño enfermo por espíritu de caridad) equivalía a cuanto han dicho y escrito acerca de la felicidad todos los filósofos del mundo. En efecto, no tuvo experiencia alguna del goce que nace de la benevolencia práctica.[25]

> "Dejé de dar una importancia casi exclusiva a la combinación de circunstancias externas y a la educación del ser humano para el trabajo especulativo y activo. La experiencia me había enseñado que las susceptibilidades pasivas necesitan ser cultivadas lo mismo que las capacidades activas, y no sólo es menester dirigirlas, sino también fomentarlas y enriquecerlas. El cultivo de los sentimientos llegó a ser uno de los puntos cardinales de mi credo moral y filosófico. Y mis pensamientos e inclinaciones se dirigían cada vez con más intensidad hacia todo aquello que parecía tener condiciones para favorecer la realización de este objeto. Empecé entonces a hallar sentido en lo que había leído acerca de la importancia de la

Télos, 26(1-2) (2025). ISSN-e: 2255-596X
https://doi.org/10.15304/telos.26.1-2.11104

> poesía y las artes, consideradas como instrumentos de cultura humana. Pero no lo llegué a conocer por experiencia personal hasta algún tiempo después."[26]

La menor cosa basta para disipar un hechizo como el que pesaba sobre Mill. Leia cierta vez un pasaje de las *Mémoires* de Marmontel, que le afectó mucho: una viva concepción de la escena hirió su fantasía, y le hizo verter una lágrima. Desde aquel momento, añade, había desaparecido la opresión que le causaba la idea de que había muerto en él la facultad de sentir. Ya no estaba desesperanzado. Ya no era un tronco o una piedra. El único arte que le era familiar era la música, en la cual tenía cierta destreza mecánica. Desde aquella época en adelante las deliciosas melodías del *Oberón* de Weber le hablaban en un lenguaje nuevo, y poco tiempo después buscó alivio, y lo halló en las poesías de Wordsworth y Scott.

> "Lo que hacía de las poesías de Wordsworth una medicina para la disposición de ánimo en que yo me hallaba, era la cualidad que tienen de expresar, no sólo la belleza exterior, sino afectos íntimos y pensamientos engalanados con el sentimiento y animados por la belleza. Parecían como el verdadero cultivo del sentimiento, que era lo que yo iba buscando. Al leerlas parecía que estaba bebiendo de una fuente de deleite interior, de simpatía y placer fantástico, de la cual podían disfrutar juntamente conmigo lodos los seres humanos; que no tenía conexión alguna con la lucha y la imperfección, sino que aumentaría en riqueza con cada nueva mejora que se verificase en la condición física o social del género humano. Parecía que en ellas aprendía a distinguir cuáles serán las fuentes perpetuas de la felicidad, cuando hayan acabado todos los males más enojosos que amargan la vida. Y me sentía mejor y más feliz a medida que iba adquiriendo más influencia sobre mi. Sin duda ha habido, aun en nuestro siglo, poetas más grandes que Wordsworth; pero una poesía de una inspiración más profunda o más elevada no hubiera podido ser tan provechosa para mí en aquella época como la suya. Necesitaba algo que me hiciese comprender y sentir que se puede hallar felicidad real y duradera en la contemplación tranquila. Wordsworth fue quien me enseñó esto sin apartarme del destino y de los sentimientos comunes del género humano, sino acrecentando en gran manera mi interés hacia ellos. Y el deleite que me proporcionaron estas poesías, me demostraron que, con una cultura de esta especie, no había nada que temer del hábito más arraigado [del] análisis."[27]

La poesía de Wordsworth es la poesía de la humildad, de la belleza sencilla y natural; la poesía del amor sin su arrebato ni su aguijón, del amor, madre tierna del universo. No es pequeño el triunfo que le cabe al poeta por haber conmovido el corazón de Mill. Ni hace poco honor a Mill el haber sido capaz de responder con el alma al canto órfico del poeta.

> "A la vista del grandioso espectáculo que os ofrece la naturaleza, lleno de veneración, adoráis, sin daros cuenta de ello; sois más piadosos que la intención de vuestro pensamiento, más devotos que la sugestión de vuestra voluntad."

Pero, en verdad, no conocemos nada en la literatura inglesa que hable más a un alma afligida por "un desdén voluntarioso de la vida," ni que combata mejor las conclusiones falsas de la facultad razonadora, las cuales ciegan los ojos y cierran el conducto por el cual habla el oído con el corazón, que el libro tercero de *La Excursión*. Parece haber anticipado con poder sobrenatural la verdadera disposición del ánimo en que había caído Mill, aplicándole un remedio trascendental:[28]

> "No faltándoles la luz del amor, no apartándose la perseverancia de sus pasos, en ellos se confirmará el hábito glorioso, mediante el cual el sentido se convierte en instrumento para el logro de un fin moral y en auxiliar de fines divinos. Este cambio revestirá al espíritu desnudo, el cual cesará de lamentarse bajo la grave carga de la existencia... Constitúyase de esa suerte el ser que llamamos hombre."

Pero aquella luz del amor de [la] que habla Wordsworth, y que es la luz de la vida y del mundo, es el verdadero genio de la religión y del cristianismo. La poesía de Wordsworth fue para Mill, no la luz directa, sino un reflejo de ella. Se presentó a él bajo una forma simpática a sus gustos y apropiada a sus necesidades; pero no por eso era menos divino su origen. Desde entonces el mundo natural, que siempre había amado, adquirió una significación más completa y más profunda; y tal vez pudo sentir por algún tiempo que el espíritu que todo lo anima, y sobre el cual descansan los cimientos de todo lo que hay de misterioso en nosotros, es en efecto la fuente y objeto de la ciencia y el deber. En aquel momento se halló Mill más cerca que nunca de una filosofía espiritual. Wordsworth le había abierto un nuevo mundo con su poesía; Coleridge despertó su curiosidad por la exposición que hace de una filosofía diametralmente opuesta a la suya, pero que ejercerá siempre gran influjo sobre el hombre, hasta la última generación. Y estas simpatías recién engendradas abrieron paso a nuevas amistades y afectos. En una sociedad que frecuentaban estos jóvenes, se trabó una discusión acerca del mérito respectivo de Byron y Wordsworth. Roebuck habló en favor de Byron, Mill defendió a Wordsworth. De suerte que, en esta discusión, y en los sentimientos que ella le obligó a manifestar, se halló en desacuerdo con su antiguo colega benthamita, y al lado de John Sterling[29] y Frederic Maurice,[30] con gran sorpresa de estos últimos, pero no sin que esto tuviese consecuencias duraderas.

> "No tardé en hacerme íntimo amigo de Sterling, que es el hombre que más cariño me ha inspirado. En efecto, era uno de los hombres más amables del mundo. Su carácter franco, cordial, cariñoso y expansivo; su amor a la verdad, que se dejaba ver en todos sus actos, en los más importantes como en los más triviales de la vida; su índole generosa y ardiente, que sostenía con arrojo las opiniones que adoptaba; pero tan ansiosa de tratar con justicia las doctrinas contrarias y a los hombres que las sostenían, como de combatir lo que consideraba erróneo en ellas, y su devoción constante a los dos puntos cardinales, libertad y deber, formaban un conjunto de cualidades tan atractivo para mi, como para todos los que le conocían tan íntimamente como yo. De mente y corazón tan francos, que no vaciló un punto en tenderme la mano a pesar del abismo que aún separaba nuestras opiniones. Me contó cómo él y otros muchos me consideraban (de oídas nada más) como un hombre "hecho", o sea manufacturado, habiendo recibido como estampada la impresión de cierta doctrina que sólo sabia reproducir; y qué cambio se verificó en su modo de juzgar cuando descubrió, en la discusión relativa a Byron y Wordsworth, que Wordsworth, y todo lo que implica este nombre me "pertenecía" tanto como a él y a sus amigos... Arrancamos él y yo de puntos intelectuales casi tan apartados como los polos; pero la distancia que nos separaba iba en constante disminución: si yo daba pasos hacia sus opiniones, él en cambio se iba aproximando constantemente más y más a algunas de las mías: y si hubiese vivido, y hubiese disfrutado de salud y fuerzas para proseguir con la acostumbrada asiduidad la cultura de su mente, nadie sabe hasta dónde hubiera continuado esta espontánea asimilación de sentimientos."[31]

(La conclusión en el próximo número.)

Referencias

Carlyle, T. (1851). *The life of John Sterling*. London: Chapman and Hall.

Coleridge, S. T. (2009). *Kubla Kahn y otros poemas: antología bilingüe*. Madrid: Alianza.

Coleridge, S. T., Bloom, H., & Martín Triana, J. M. (2007). *Balada del viejo marinero y otros poemas*. Madrid: Visor.

Liechtenstein, M. H. N. (1874). *Holland house. Vols. 1 & 2*. London: Macmillan and Co.

Mill, J. S., & Mellizo, C. (1986). *Autobiografía*. Madrid: Alianza.

Wordsworth, W., & Ballesteros González, A. (2021). *Antología poética*. Madrid: Cátedra.

Télos, 26(1-2) (2025). ISSN-e: 2255-596X
https://doi.org/10.15304/telos.26.1-2.11104

Notas

[1] [Henry Reeve (9 septiembre 1813 – 21 octubre 1895) fue un periodista británico, amigo de juventud de John Stuart Mill.]

[2] [Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto AEI ref. PID2024-157861NB-I00.]

[3] [La *Revista europea* daba erróneamente la referencia del original como *Edinburgh Review,* núm. 288.]

[4] [Un triste ejemplo del pensamiento más conservador e intolerante que acabó dominando una revista que nació al menos en su primera etapa como altavoz de la Ilustración escocesa lo tenemos precisamente en esta reseña publicada por Henry Reeve (1874) de la *Autobiografía* de John Stuart Mill, aparecida inmediatamente después de la muerte de éste, y que recuerda por su tono a muchos de los escritos incendiarios publicados tras la muerte de Hume en 1776.]

[5] [5 DE ABRIL DE 1874] [Para la primera parte] Véase el numero anterior. [*Revista Europea*, Madrid, 29 de marzo de 1874, año I, tomo I, nº 5, páginas 140-148. Edición actualizada en *Télos*, 23 1-2 (2019), 115-134.]

[6] [Cfr. (Mill & Mellizo, 1986, p. 230).]

[7] [Este texto puede encontrarse en (Mill & Mellizo, 1986, p. 199).]

[8] ["pudo ser parte a" en la trad. original.]

[9] [Este texto puede encontrarse en (Mill & Mellizo, 1986, p. 230).]

[10] [Alude Reeve malintencionadamente a que la *Westminster Review* nunca logró mantenerse por sus ventas sino con ayuda de sus patrocinadores "radicales". Reeve en realidad está analizando la rivalidad entre la *Edinburgh Review*, su propia revista, y la *Westminster Review*, órgano informal de los utilitaristas sobre todo en su versión más "radical". La *Edinburgh Review* era la tercera revista publicada con ese nombre. La primera (1755–1756) también había tenido unos fundadores ilustres, entre ellos David Hume y Adam Smith, y en su origen había sido el órgano de difusión de las ideas del sector más progresista y avanzado de la Ilustración escocesa. La segunda, *Edinburgh Magazine and Review*, se publicó entre 1773–1776. Finalmente, la tercera *Edinburgh Review* se publicó con gran éxito entre 1802–1929 y se acabó convirtiendo en el órgano de difusión política de las ideas *whigs* más conservadoras. Frente a ella, *The Westminster Review* se fundó en 1823 y se publicó desde 1824 a 1914. El padre de Mill fue su líder hasta 1828. Posteriormente se publicaron con perfiles ya muy diferentes del original la *New Edinburgh Review* (1969–1984) y la *Edinburgh Review* (1984–2014).]

[11] [Este texto puede encontrarse en (Mill & Mellizo, 1986, pp. 107-108). Henry Reeve suprime de modo llamativo el fragmento más ofensivo para la *Edinburgh Review* del resumen de Mill hijo sobre el artículo de Mill padre: "Describía, como característica principal suya, lo que él llamaba 'el balancín': escribir alternativamente sobre las dos caras de toda cuestión que afectase el poder o el interés de las clases gobernantes, a veces en artículos diferentes, a veces en partes diferentes de un mismo artículo. Mi padre ilustraba su postura con numerosos ejemplos." (Mill & Mellizo, 1986, p. 108).]

[12] [Se refiere Reeve al pacto político-religioso formado en 1815 entre los monarcas de Rusia, Austria y Prusia para mantener el orden absolutista en Europa y reprimir cualquier movimiento liberal o revolucionario. Su objetivo principal era defender los principios cristianos, el orden tradicional y el derecho de los reyes a gobernar por derecho divino. La alianza se basó en el principio de intervención militar en otros países para sofocar revoluciones. Surgió tras la derrota de Napoleón y fue impulsada por el zar Alejandro I de Rusia en el marco del Congreso de Viena. Rusia, Austria y Prusia fueron sus firmantes originales, pero posteriormente se unieron otros monarcas europeos, primero el Reino Unido y después Francia, llegando a ser finalmente una Quíntuple Alianza desde 1818. La alianza intervino militarmente en varias ocasiones, como en Nápoles y Sicilia (1821) y España (1823) para restaurar el poder de los monarcas absolutistas. En 1823, la intervención de la Santa Alianza en España tuvo lugar a través de la invasión de los "Cien Mil Hijos de San Luis", un ejército francés enviado por las potencias absolutistas europeas para restaurar al rey Fernando VII y acabar con el régimen liberal del Trienio Liberal.]

[13] [El 16 de agosto de 1819 en St Peter's Field, Mánchester, la caballería del ejército británico cargó contra una multitud pacífica de unas 60.000 personas reunida para pedir reformas democráticas, provocando la muerte de entre 10 y 20 personas y más de 400 heridos. En el Reino Unido, tras la masacre de Peterloo (juego de palabras para recordar a Waterloo) el 16 de agosto de 1819, el Gobierno británico actuó para impedir cualquier disturbio futuro mediante la introducción de una nueva legislación, las llamadas *Seis Leyes*, que calificaron cualquier reunión a favor de reformas radicales como "un acto abierto de conspiración y traición". Las leyes se dirigieron a amordazar a los periódicos radicales, impedir grandes reuniones, y reducir lo que el Gobierno veía como la posibilidad de una insurrección armada. Las seis leyes fueron: (1) *Training Prevention Act* (Ley sobre Prevención del Entrenamiento), hacía

susceptible de ser arrestada y encarcelada a cualquier persona asistente a una reunión con el propósito de recibir entrenamiento o instrucción en armas; (2) *Seizure of Arms Act* (Ley de Incautación de Armas); (3) *Misdemeanors Act* (Ley de Delitos) permitía un procesamiento más rápido; (4) *Seditious Meetings Prevention Act* (Ley de Prevención de Reuniones Sediciosas); (5) *Blasphemous and Seditious Libels Act* (Ley de Libelos Blasfemos y Sediciosos) (o Criminal Libel Act) (Ley de Libelo Criminal); y (6) *Newspaper and Stamp Duties Act* (Ley de Periódicos e Impuestos de Timbre). Debido a la oposición *whig*, así como al cambio de condiciones en Europa, las *Seis Leyes* fueron finalmente derogadas. La Ley de Prevención de Reuniones Sediciosas no fue derogada hasta 1824.]

[14] [John Austin (1790-1859), relevante jurista británico, perteneciente al grupo de jóvenes de pensadores utilitaristas formado en torno a Jeremy Bentham y James Mill. Primer profesor de jurisprudencia de la Universidad de Londres (University College, London) desde 1828. Charles Austin (1799–1874), prestigioso abogado, hermano de John Austin. Ambos fueron amigos de juventud de John Stuart Mill.]

[15] [John Arthur Roebuck (1802–1879), fue un importante político británico, nacido en Madrás, India. Creció en Canadá y más tarde se trasladó a Inglaterra, en donde llegó a pertenecer al círculo íntimo de los reformadores utilitaristas denominados radicales. Miembro del Parlamento de 1832 a 1847 y de 1849 a 1859. Su rasgo general definitorio fue la oposición al gobierno vigente, fuera éste cual fuera.]

[16] [Peregrine Bingham, el joven (1788–1864), abogado y fiscal, escritor y periodista especializado en tribunales; editor del *Tratado de las Falacias* de Jeremy Bentham. Uno de los principales colaboradores de la *Westminster Review*, desde su fundación en 1824; de hecho, en su primer número había cinco trabajos de Bingham.]

[17] [Este texto puede encontrarse en (Mill & Mellizo, 1986, pp. 120-121).]

[18] [Princesa Marie "Mary" Henriette Adélaïde de Liechtenstein (1850–1878), escritora inglesa de origen francés. De padre desconocido, fue adoptada por el noble inglés Henry Fox, 4º Barón Holland (1802–1859) y su esposa, dueños de Holland House; por matrimonio acabó siendo princesa de la casa de Liechtenstein. Murió muy joven y además de ser madre de cuatro hijos, dejó una interesante obra sobre la vida en Holland House, especialmente sobre su colección artística. Cfr. (Liechtenstein, 1874)]

[19] ["Mal novelista cuando escribe historia, Hábil historiador cuando escribe novelas, Si inventa, debemos creerlo, Si te lo cuenta, ten cuidado ".]

[20] [Este texto puede encontrarse en (Mill & Mellizo, 1986, pp. 141-142).]

[21] ["Dejection". Para los poemas de Coleridge, cfr. (Coleridge, 2009; Coleridge, Bloom, & Martín Triana, 2007).]

[22] [Este texto puede encontrarse en (Mill & Mellizo, 1986, p. 142).]

[23] [Este texto puede encontrarse en (Mill & Mellizo, 1986, p. 147).]

[24] [Este texto puede encontrarse en (Mill & Mellizo, 1986, p. 149).]

[25] [Este párrafo constituye una verdadera petición de principio por parte de Reeves. Que Mill tuviera, y reconociera, tener un problema de falta de desarrollo de su sensibilidad, no quiere decir en absoluto que fuera un miserable, como parece insinuar Reeves, de una forma realmente, y auténticamente, "miserable".]

[26] [Este texto puede encontrarse en (Mill & Mellizo, 1986, pp. 149-150).]

[27] [Este texto puede encontrarse en (Mill & Mellizo, 1986, pp. 153-154).]

[28] [Cfr. Para los textos de Wordsworth la excelente edición bilingüe de (Wordsworth & Ballesteros González, 2021).

[29] [John Sterling (1806 –1844) fue un escritor también amigo de juventud de John Stuart Mill. Estudio inicialmente en la Universidad de Glasgow y posteriormente en el Trinity College, Cambridge. En Cambridge participó en los debates de la Cambridge Union Society y luego acabó siendo miembro de los Cambridge Apostles. Dejó la universidad sin graduarse.
Compró junto con F. D. Maurice la revista *Athenaeum*, pero fue un fracaso. Tuvo contacto estrecho con el General Torrijos y los círculos liberales españoles, participando de forma activa en la preparación del fallido levantamiento de Torrijos que acabó con la muerte de éste en las playas de Málaga. De profundas creencias cristianas, se acabó ordenando como clérigo metodista, pero acabó renunciando a sus votos. Murió muy joven, de tuberculosis, igual que su mujer, e igual que Mill y su esposa, Harriet. Thomas Carlyle, su protector y amigo, escribió una interesante vida de Sterling (Carlyle, 1851).]

[30] [John Frederick Denison Maurice (1805 –1872), fue un teólogo anglicano inglés, autor muy prolífico y uno de los principales proponentes del Cristianismo socialista o progresista. Fue amigo de John Sterling y de John Stuart Mill y

Télos, 26(1-2) (2025). ISSN-e: 2255-596X
https://doi.org/10.15304/telos.26.1-2.11104

uno de los fundadores de los Cambridge Apostles. John Stuart Mill dijo de él que "había más capacidad intelectual desperdiciada en Maurice que en cualquier otro de mis contemporáneos" (Mill & Mellizo, 1986, p. 157).

[31] [Este texto puede encontrarse en (Mill & Mellizo, 1986, pp. 153-154).]